Año 1962 128

Diario de Burgos 16 marzo

51

La Quinta Sinfonía

Por Joaquín CALVO SOTELO
(De la Real Academia Española)

AYER he vuelto a oír la Quinta Sinfona. Desde hace mucho tiempo, su presencia en los carteles me alejaba automáticamente del concierto. Ayer, al conjuro de sus cuatro notas iniciales, todo un mundo de recuerdos se ha despertado en mi memoria.

La escuché por primera vez a la Orquesta Benedito, en el ya desaparecido Gran Teatro, llevado, niño aún, de la mano de mi padre. La volví a escuchar después, Dios sabe cuántas veces, a Pérez Casas, a Fernández Arbós, a Kussewistky, a Knapperbuch. En Price, en el Monumental, en el Español, en tantos sitios... hasta que empecé a huirla, a sentir su alergia, a expulsarla violentamente de la radio, cuando me salía al encuentro, y aislarla, olvidarla, en el lazareto de la discoteca. Ya no la oía, no, pero sabía que era rara la orquesta invitada o itinerante que se trasladaba a provincias y que —número fuerte para la atracción de nuestros connacionales melómanos— no la incluía en sus programas. Confieso que, una vez más, su magia, su fuerza, se me ha impuesto. Su tema de arranque; el andante, el tiempo mejor desarrollado de todas las sinfonías del Mundo, que es como una corriente de agua que se desparramase sobre un cauce múltiple y que lo llenase, sin precipitaciones y sin olvido y la ilación entre el scherzo y el allegro han vuelto a conmoverme como en mis años de adolescente.

Figuraba en el programa a manera de digestivo y contrapeso de Bela Bartok, porque, entre nosotros, Bela Bartok los necesita y puede asegurarse que, sin Beethoven de cirineo, tendría menos oyentes de los que merece.

Desde ese punto de vista, escrutadas así las intenciones y los propósitos de sus confeccionadores, no merecen éstos censura alguna, pero hora va siendo ya de dar por sabidas y paladeadas oficialmente ciertas obras y de abrir la curiosidad de los aficionados a otros programas reverdecidos.

Al solo anuncio de un ciclo de las nueve sinfonías de Beethoven por Von Karajan, parte de la crítica francesa se revolvió airada, hace muy poco: «¿Hasta cuando?». Yo entiendo mal la paradójica conformación mental de nuestra clase media, que en el teatro se alimenta de estrenos rigurosos y en música, por el contrario, le es refractaria. Notemos que, en lo que va de siglo, el mapa musical que nos envuelve apenas si se remozó. En el Liceo, siguen condoliéndose periódicamente de la tisis de Mimí, de la muerte por asfixia de Radamés y de la de Tristán, cuya agonía, belleza aparte, es la más larga de que hay memoria. Las orquestas siguen explotando el repertorio de Mozart, de Brahms, de Schuman y atreviéndose, de tanto en tanto, con timidez que yo se bien lo justificada que es por motivos económicos, al lanzamiento de un nombre distinto de los clásicos. Sólo la música ligera —para la cual guardo todos mis respetos— renueva sin cansancio, su repertorio de ritmos, temas y compases. El vals seguramente era más noble y lo merecía; tuvo un reinado de mayor duración que el de sus destronadores. Después de él, que rigió la vida mundana de Europa desde fines del dieciocho hasta la guerra del catorce— el tango, el fox, el hot, el swing, el rock—, han pasado como un suspiro. La vida de las canciones, de los cuplés, es efímera. Jamás nosotros hemos cantado, sino con intención o de caricatura o de nostalgia, las canciones de nuestros padres. Nuestros hijos, ni oyen ni cantan las nuestras.

En lo que atañe a la literatura, nacimos bajo la devoción de Balzac, de Tolstoi, de Galdós... ¿Es que eran estos escritores de talla inferior a la de Schuman, a la del Meldelssohn, a la de Beethoven? Sería injusto afirmarlo así. Me gustaría saber, qué mozalbetes de veinte años han leído Fortunata, o Ana Karenina o Eugenia Grandet y, lo que es más importante, a quiénes les emocionan. Empezamos a ir al teatro a ver las obras de Benavente y de Ibsen y de Bernard Shaw y ¿dónde habría espectadores hoy, para los títulos que hicimos centenarios? La mayoría de los pintores de antaño, ¿qué fueron sino verduras de las eras?

Y, sin embargo, paralelamente a tanto ídolo, a tanto genio periclitado, a tanta volandera popularidad, la Quinta, siempre la Quinta, con sus cuatro notas augurales, sigue percutiendo en nuestro tímpanos, provocando el «No hay billetes», enfervorizando a las masas y siendo, aunque rebasó ya el siglo y medio, la máxima atracción de la vida musical —pobre vida pueblerina— de la villa y excorte madrileña. Somos la generación de la Quinta Sinfonía, como lo fue, piense yo, la de nuestros mayores y me temo que lo sea la de quienes nos sucedan. La recibimos bajo sobre sellado, como la más rica herencia y la transmitiremos, inmarcesible, a nuestros descendientes. ¿No hay quien la reemplace, quien la obscurezca? Un genio no nace a diario, ya lo sé, pero cada 150 años, sí. ¡Qué placer sería acudir una tarde cualquiera al concierto de turno, sin sospechar nada y encontrarnos, de pronto, con que alguno de los músicos de hoy se había sacado de la manga, como un prestidigitador, la blanca paloma que la substituyese! Me gustaría, entonces, tararear a mis hijos los temas esenciales de esa nueva sinfonía, acaso ya escrita, como mi padre me tarareaba los de la Quinta, antes de que el maestro Benedito empuñase su batuta aquellos lejanos domingos... Para que no tuviesen la sensación de que, desde 1807 hasta hoy, en los atriles de nuestras orquestas, apenas si se han movido las hojas de sus partituras.